

# CLIO

ORGANO DE LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA

COMISION DE PUBLICACIONES:

Lic Emilio Rodríguez Demorizi, Lic. Francisco E. Beras y Dr. Vetilio Alfau Durán

Año XXVI

Ciudad Trujillo, República Dominicana.  
Enero-junio 1959

Núm. 114

---

## Saint - Denys

*Por el Lic. Victor Garrido*

Conferencia dictada en la Academia Dominicana de la Historia por su Miembro de Número Lic. Víctor Garrido, el día 26 de enero de 1959, aniversario del natalicio del Padre de la Patria y Fundador de la República, Juan Pablo Duarte.

En 1944, con motivo del centenario de nuestra independencia, el Archivo General de la Nación publicó, "con el patrocinio del Presidente Rafael Leonidas Trujillo Molina", Padre de la Patria Nueva, la Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo.

El primer volumen de esa obra contiene la correspondencia dirigida a Monsieur Guizot, Ministro de Negocios Extranjeros del Gobierno de Francia, por dicho Cónsul, Eustache Juchereau de Saint Denys, desde enero de 1844 hasta mayo de 1846; y en esa correspondencia consta el juicio que a este Cónsul merecieron la persona



y la obra de Juan Pablo Duarte, el Padre de la Patria. Acerca de ese juicio versará este trabajo, tan insuficiente como mis escasas luces.

Nuestra Academia, así como los estudiosos de nuestra historia, debemos estar reconocidos al Generalísimo Trujillo, cuya generosa contribución espiritual y material a la expansión de nuestra cultura histórica, ha permitido el ensanchamiento de las zonas de investigación documental, lo que a su vez ha suministrado elementos constructivos que alientan a juzgar hechos y hombres que sobrenadan en el brumoso océano de nuestro pasado.

## I

El héroe es el autor de hechos extraordinarios que la ética no repugna y el heroísmo puede manifestarse en acciones de naturaleza variada. Duarte no descolló como un paladín, retoño del beligerero Marte. Tuvo en cambio, una suprema vocación para el sacrificio, que es una modalidad del heroísmo. Hizo sin miedo el camino que lleva a la sanción del martirio. Tuvo como deidad la patria y le ofrendó su vida como una corona de estrellas. Cuando sus amigos necesitaron un maestro, los aleccionó, como Sócrates, en la lealtad y la virtud. Cuando la patria demandó medios para su liberación, ofreció el patrimonio familiar heredado como cosa natural. Cuando la concordia, en los albores de la nacionalidad, reclamó una omisión desinteresada, se hurtó al mando para hundirse en la oscuridad del destierro. Cuando el heroísmo de la República sembraba el territorio nacional de huesos de patriotas, apareció en Santiago para ofrecer su ancianidad augusta en holocausto a los dioses de la guerra. Cuando la insidia señaló su presencia como una posibilidad de desintegración de las filas restauradoras, volvió la espalda a su sueño de morir en paz en el seno de la patria y se perdió en la sombría soledad de un rincón extranjero. No tuvo el heroísmo estridente del capitán que ganó batallas. Tuvo el heroísmo sosegado del maestro que no desesperó de sus enseñanzas. Tuvo el heroísmo de la renunciación a las cimas tempestuosas del poder para que prevaleciera la legalidad en el campo del derecho. Tuvo el heroísmo de la abnegación y el sacrificio, para no mancillar su virtud de patriota, cuando sus competidores arrastraban la majestad de la República en el polvo



de sus ambiciones. La vida de Duarte es una sucesión de acontecimientos excepcionales. Se hizo una formación moral e intelectual para servir a la patria cuando apenas tocaba las lindes de la juventud, y renunció a los goces del amor y la riqueza para empeñarse en una lucha a muerte contra la dictadura que humillaba a su pueblo. Consumió su patrimonio para que la independencia nacional fuera una realidad. Soportó sin reproche el ostracismo sin término para no enlodarse en la política que sonrojó de vergüenza a la República, y se hizo olvidar para que su recuerdo no perturbase con su luz a los que andaban confundidos en tinieblas del error; pero cuando se puso en almoneda la túnica sagrada que vestía la República, él cayó en Guayubín, como un fantasma en medio de la noche, para aterrorizar a los almonederos, con el rayo de la libertad.

## II

Juan Pablo Duarte, el Padre de la República Dominicana, nació del español Juan Duarte y Rodríguez y de la nativa Manuela Díez y Jiménez, de ascendencia hispánica; pero su espíritu fué ánfora sellada de esencias dominicanas. Cuando un tosco capitán de navío le preguntó por su nacionalidad, él respondió sencillamente: dominicano. Cuando este hombre rudo, con matiz de civilizado, ultrajó la flor de su adolescencia, echándole en cara el infortunio que sufría su patria, él se impuso en silencio la portentosa empresa de darle independencia, para que nadie le negase su condición de dominicano. Cuando convocó sus compañeros para formar La Trinitaria, decidieron fundar la República Dominicana. Cuando los oportunistas empezaron a sabotear la soberanía nacional, solicitando la ingerencia francesa a través del cónsul Eustache Juchereaux de Saint Denys, su dominicanismo, sin mezclas espurias, triunfó en sesión memorable de la Junta Gubernativa. Su dominicanismo, de pureza marmórea le hizo renunciar a la presidencia sin fundamento jurídico, que le ofrecían sus admiradores entusiastas. Su dominicanismo sin transigencias le arrojó a exilio perpetuo cuando los reaccionarios y descreídos resolvieron robarle por la fuerza su criatura. Su dominicanismo irrevocable le condenó a morir en miseria lastimosa por no ser hoguera de discordia entre sus compatriotas. En vísperas de su muerte, previendo eventuales conflictos externos en los cuales fuese imposible conservar la neutralidad, él reafirmaba su dominica-



nismo sin flaqueza ni ocaso exclamando: *por desesperada que sea la causa de mi patria, siempre será la causa del honor y siempre estaré dispuesto a honrar su enseña con mi sangre.* Su dominicanismo fué enterrado con su cuerpo; pero su claridad imperecedera quedó alumbrando en el ámbito de la república, como la luz de las estrellas desaparecidas en el espacio remoto. Es el dominicanismo del creador de la independencia nacional, cristalizada en la inmortalidad de los principios que nacieron en La Trinitaria, el que ha dado domingo de resurrección a la República cuantas veces los fariseos la llevaron al calvario. La dominicanidad es indivisible e impermeable. La ausencia de uno cualquiera de sus atributos le quita dignidad. Para representarla con grandeza hay que tener lo puro y lo invulnerable de los ángeles. Duarte es uno de esos ángeles. Y contra ese ángel que siempre señoreó las excelsitudes sin mancha del patriotismo, se atrevió el dardo codicioso de Eustache Juchereaux de Saint Denys, Cónsul de Francia. Contra ese dardo voy a interponer el escudo de la verdad.

## I

Duarte regresó a la patria el 15 de marzo de 1844 del exilio a que le obligó la encarnizada persecución de la autoridad haitiana. Para esos momentos habían hecho ya marcado progreso las negociaciones de la Junta Central Gubernativa con el Cónsul de Francia, Eustache Juchereau de Saint Denys. Las ideas proteccionistas sustentadas por el elemento conservador ganaban terreno a favor de la confusión creada por el golpe, para muchos inesperado, del 27 de febrero. Existía ya la Resolución de la Junta, del 8 de marzo, aconsejada por Saint Denys, quien prometió obtener el apoyo de su gobierno para un acuerdo con miras a un protectorado francés a nuestra naciente república. Ya Saint Denys había inclinado el peso de sus simpatías del lado del bravo hatero seibano, espada de los políticos reaccionarios, llamado por él con notoria fogosidad "el verdadero señor feudal del Seibo" y autor de "proezas caballerescas", y de quien decía que al llegar a Santo Domingo le visitó para "ponerse a disposición de la Francia con todos aquellos que obedecían sus órdenes". Santana le había "hablado con el más vivo entusiasmo de su devoción, de su vinculación y de su admiración por nosotros" (carta al Ministro Guizot del 13 de marzo 1844). Saint Denys se envane-



ce de que para los logros obtenidos hasta ese instante, a los cuales reconocía importancia, no tuvo "una sola vez necesidad de desplazarse". (Carta al Ministro Guizot del 10 de marzo, 1844). Los saboteadores de la pureza trinitaria iban en su busca.

La presencia de Duarte contuvo la velocidad con que marchaba el tren del protectorado. Si existió en los componentes de la Junta unidad favorable a las negociaciones que Saint Denys daba por terminadas en su carta del 10 de marzo, ella desapareció cuando el fundador de La Trinitaria y caudillo de la Revolución Separatista izó el pendón de la independencia y la soberanía sin mediatizaciones ni restricciones. Sánchez soltó las amarras que le había echado Bobadilla. Pedro Alejandrino Pina y Juan Isidro Pérez, devotos de su amigo y Jefe, emprendieron ruda ofensiva verbal contra los desertores de la soberanía absoluta. La temperatura política se hizo calcinante, el ambiente se huracanó y la situación tomó la densidad espesa que precede a las tempestades. Saint Denys, que hasta entonces transitaba por senda limpia de obstáculos, se sintió estorbado en sus propósitos por aquel joven "que recientemente se ha llamado de Curazao endonde estaba refugiado desde hace un año, para investirlo del grado elevado de General de División" (Carta al Ministro Guizot del 14 de mayo, 1844). Empezaba a calentarse la batalla entre liberales y conservadores, entre nacionalistas y afrancesados. Los primeros contaban con el amor indefenso del pueblo. Los segundos, con el General Santana, amo ya del Ejército del Sur, y con Saint Denys, quien podía amenazar a su antojo con el poderío naval francés anclado en el puerto de Santo Domingo.

En esa carta del 14 de mayo comienza Saint Denys a exteriorizar su disgusto contra Duarte. Le señala como "un joven sin mérito", cabeza de "dos o tres alborotadores". Ese joven sin mérito, seguido de sus adeptos, sin embargo, ha sido bastante fuerte para conseguir "con sus declaraciones y amenazas indirectas", que sus colegas de la Junta se desvíen muchas veces "de los sabios principios" que siguieron religiosamente "en los comienzos de la revolución". Estos desvíos que le hicieron a Saint Denys confesar a Guizot que la Junta no obraba con suficiente independencia y firmeza, es la mejor prueba de la poderosa influencia de Duarte en los acontecimientos en que se debatía la suerte de la alboreante república entre los que pugnaban por mantenerla libre de ingerencia extraña y los



que sin fe en la dinámica histórica que crea las nacionalidades, se conformaban con desuncirse del yugo haitiano para doblar la cerviz debajo de otro yugo. Saint Denys no se limita a calificar de alborotador al Padre de la Patria. Le imputa el designio de querer crear un partido simpatizante de Colombia, así como el de sublevar contra los franceses “las pasiones instintivamente odiosas de la clase negra”. Este sentimiento de amargura y desagrado se amortigua un poco pensando que “Santana le vigila de cerca” (a Duarte), que “la Junta le maneja sin temerle”, y que si sus amenazas se volvieran peligrosas podrán tomarse contra él “las medidas de vigilancia o de represión que la prudencia hiciere necesarias”. El Cónsul de Francia, sutilmente, busca convertir a la Junta Gubernativa en adversaria de su vocal más eminente, despertando en sus miembros el sentimiento de la rivalidad, atizando las pasiones en acecho y engendrando el morbo de los intereses personales con la intención de dañar el interés superior de la patria en beneficio de sus planes suzuzgantes. Saint Denys desea tornar a Francia llevando sobre su pecho la condecoración de un protectorado. Es lógico en sus planes. El es francés. Quiere el engrandecimiento de Francia. Quiere la gloria de Francia. Los que no son lógicos ni patriotas ni nada son los dominicanos que quieren ser franceses.

## II

El Cónsul de Francia tenía deslindado su campo de acción y escogidos sus amigos. Su esfera de actividad es obtener para Francia un protectorado de la República Dominicana. Sus amigos son los que patrocinan su empresa. Sus enemigos, los que se oponen a ella. Su debilidad es Santana, el hombre fuerte que desde el primer instante le prometió su apoyo. Su enemigo es Duarte, el más caracterizado oponente a sus proyectos mediatizantes. El ayudará a Santana y sus amigos. El le halagará y aconsejará. El le hará dictador desde la presidencia de la Junta Central Gubernativa aconsejándole que no la derribe para que su autoridad sea acatada como la del gobernante legítimo. El contribuirá a endiosarlo. El hostilizará a Duarte hasta el último momento.

El 26 de mayo estalló la tormenta. Tomás Bobadilla, en memorable sesión de la Junta Central Gubernativa prestigiada por la con-



currencia de elementos representativos de las clases civil, militar y eclesiástica, proclamó la necesidad de convenir con Francia el protectorado de la República como medio de salvaguardar su independencia. El nacionalismo radical del adalid de la Revolución Separatista se yergue valeroso para repudiar con energía los alegatos tendenciosos del proteico oportunista. Bobadilla es derrotado por Duarte, quien recibe el respaldo de la mayoría de los asistentes, en esta sesión pública y luego en otra privada; pero las ideas de Bobadilla no abandonan la arena de la lucha y en una atmósfera agitada, duaristas y afrancesados continúan disputándose la victoria. Saint Denys pinta a Guizot este estado de cosas en su carta del 24 de mayo. El considera que hay que imponerse “a las ambiciones desordenadas, al espíritu de insubordinación, a los alborotadores políticos”. Los ambiciosos, los insubordinados, los alborotadores, los favorecedores de un partido colombiano son los que contrarían sus planes. El “vigila” a esos “intrigantes”; él “los combate por mi influencia y por las ventajas de la posición que los acontecimientos me han hecho”, exclama envanecido. El recomienda a su gobierno que actúe con celeridad y, no obstante haber sido rechazada la propuesta de Bobadilla, él asegura que cuenta con “la mayoría de la Junta” y sobre todo “con el apoyo material de la armada y de sus jefes entre quienes los más influyentes son mis amigos y devotos de nuestros intereses”, y con lo que es más valioso aún para él; “con la palabra sagrada de los generales Pedro y Ramón Santana y con las lanzas de sus bravos seibanos”.

Los sucesos culminaron el 9 de junio con la batida que Duarte, con el concurso del General José Joaquín Puello, comandante militar de la Plaza de Santo Domingo, dió a los miembros de la Junta que en contubernio con Saint Denys confabulaban para subordinar la República al protectorado de Francia. Saint Denys dió asilo y protección a los enemigos de Duarte, ahora en fuga; pero no vencidos. Saint Denys, comentando estos hechos, expone al Ministro Guizot en carta del 10 de julio que han podido efectuarse “con pleno éxito por el partido de Duarte y Puello que la debilidad de la Junta y sus concesiones han tornado cada día en más emprendedores y más audaces”. Duarte y Puello, en su opinión, eran mal vistos de la población y los notables y no tenían otro apoyo que los oficiales que les rodeaban y un centenar de antiguos esclavos temerosos de perder



su libertad. Los próceres Pedro A. Pina y Juan Isidro Pérez, reemplazantes de Bobadilla y de Caminero en la Junta, eran dos "hombres sin influencia y menospreciados del país". Esta situación, que da preeminencia en la Junta a sus opositores, no es grata a Saint Denys y el Consulado de Francia se convierte en guarida de la conspiración reaccionaria. El mismo conspiraba. El anunciaba a su Ministro que "un contra-movimiento se prepara" y que el General Santana era esperado, de regreso de la frontera, para que restableciera "el orden y la confianza" en la ciudad. Su actitud conspiradora se evidencia cuando alardea de que solamente "se espera una palabra mía para reinvertir, a cualquier precio, un gobierno dirigido por semejantes hombres. Yo les exhorto a la paciencia y a la resignación hasta el retorno de Santana en quien todos los verdaderos amigos del país ponen hoy en día su esperanza". Es obvio que en la ciudad no existía un estado de desorden, sino la inquietud característica de las situaciones políticas no estabilizadas, la cual recibía el estímulo disolvente de las propagandas y rumores de quienes hostilizaban por conveniencia a los representantes de la soberanía absoluta que se habían instalado en la Junta a favor del "pequeño 18 Brumario" del 9 de junio. Es claro, asimismo, que los "verdaderos amigos del país" que ponían su esperanza en Santana no eran otros que los que colaboraban con Saint Denys para atarnos a Francia.

Saint Denys, perturbado por los acontecimientos que le agudaban la fiesta trastornándole eventualmente sus proyectos, quiere decir todo lo que piensa, todo lo que siente, todo lo que pretende adivinar en el panorama político que le circunda. Arremete contra Puello quien "ha puesto el país sobre un verdadero volcán de que solamente la mano de Francia "ha contenido hasta aquí la explosión", y sin respeto alguno por aquel joven ilustre que todo lo ha sacrificado por la libertad de la patria, juzga a Duarte capaz de ser felón a Puello, que es su sostén militar, y a los principios políticos y morales normativos de su conducta patriótica, y no vacila en afirmar que "forzado por su aislamiento a apoyarse en este hombre, que teme sin poder dominarle, el General Duarte se halla hoy en día desbordado por él y ve con alguna inquietud el abismo que esta asociación interesada ha abierto bajo sus pies. Yo creo también no engañarme avanzando que él no vacilará en juntarse a los numerosos enemigos de Puello, desde que les crea lo bastante fuertes para sacrificarlo



con impunidad. Envidioso de la popularidad y de los sucesos militares del General Santana, Duarte, herido en su amor propio por los desdenes de este antagonista temido, ha creído deber, por interés solamente, juntarse con el partido hostil a la Francia". Duarte, espejo de desprendimiento y abnegación, hostil a Francia por interés! No estaba junto con los adversarios de Francia. Era el cabeza de ellos y no por interés personal, sino por patriótica previsión. Pero Saint Denys continúa expansionando su pluma viperina y en otra parte escribe que Duarte "sin influencia, sin carácter y sin alcance de espíritu, este jefe dominicano me parece poco temible; sin embargo, es bastante intrigante para que sea deseable tenerlo por amigo mejor que como enemigo. Pleno de deferencias y miramientos para mí, no me será difícil, pienso yo, atraerlo enteramente hacia nosotros encareciéndole la vanidad, que es el móvil de todas sus acciones". Para Puello, compañero de Duarte, no deseaba nada bueno. "En todo tiempo enemigo de los blancos y hostil a Francia por prejuicios de casta", "peligroso para la tranquilidad y el mantenimiento del orden", considerado "capaz de cualquier exceso por alcanzar sus fines", él le indicaba, como paso indispensable, para "ser alejado de los negocios y aún del país". La semilla cayó en surco ubérrimo, Duarte no fué atraído, sino desterrado, aunque a sus oponentes no faltaron ganas de matarlo. Puello fué atraído y luego fusilado. La siembra de Saint Denys fructificaba. El, con fiorentina destreza, sugería. La Junta presidida por Santana, que lo esperaba todo de él, obedecía sumisamente.

### III

La Junta Central Gubernativa, después de los acontecimientos del 9 de junio, dió al General Duarte la misión de trasladarse al Cibao a pacificar el espíritu público y a estimular el proceso de ordenación de las funciones de gobierno. Duarte es recibido en triunfo en las poblaciones que visita en cumplimiento de su elevada investidura. El General Ramón Mella, con imprudente optimismo, le apunta en Santiago como candidato presidencial para el futuro próximo; pero el ardor de las muchedumbres le proclama presidente de la República. Duarte vacila en adoptar una posición definida en este instante estelar de su carrera política y la rebelión del 3 de julio en Azua, encabezada por el General Santana, quien diez días más tarde



se apodera de Santo Domingo, pone la autoridad suprema del país en manos de los amigos de Saint Denys.

El Cónsul de Francia no omitió esfuerzo alguno para que esto sucediera. El indujo al General Sánchez, presidente de la Junta, a negociar con el General rebelado su entrada a Santo Domingo. "No he vacilado en intervenir cerca de la Junta para predicar la concordia, la unión y el mantenimiento del orden; yo amenacé hasta con retirarme con mis nacionales si se persistía en recurrir a la fuerza para rechazar a Santana. Esta actitud mía ha hecho viva sensación en la villa y ha contribuído no poco a mover la Junta y al mismo General Puello a sentimientos más moderados y pacíficos", escribe al Ministro Guizot en carta del 10 de julio. Santana no hizo honor a las negociaciones convenidas con el General Sánchez. Tan pronto como se adueñó de la ciudad se apresuró a recomponer la Junta con sus parciales, a encarcelar al General Sánchez y otros próceres y a ordenar la prisión del General Duarte quien para esos días se hallaba en Puerto Plata. Todos estos sucesos infortunados, a los cuales no fué ajena la intervención parcial e interesada de Saint Denys, cristalizaron en la Resolución del 22 de agosto que arrojó a perpetuo exilio al General Duarte y sus compañeros de lucha. Se levantó la estrella del despotismo iluminando los escombros de la libertad y del derecho.

Los acontecimientos de Santiago ofrecieron ocasión a Saint Denys para lanzar el veneno de su diatriba contra la reputación sin sombras del General Duarte. En posdata a su carta del 10 de julio se nace eco del rumor de que el General Duarte "se ha hecho proclamar Presidente por algunos soldados que ha ganado o engañado", para en la del 11 de agosto decir ,refiriéndose a la presidencia de Duarte, que "esta grandeza efímera, esta presidencia irrisoria, basada solamente en la intriga, el engaño y la duplicidad se han venido abajo como por encantamiento. A la primera palabra, a la primera proclamación del Jefe Supremo del Sur (el general Pedro Santana) los habitantes de Santiago, de Puerto Plata y de algunas otras villas se han alejado del lado de aquel intrigante que les había o engañado con promesas o intimidado por el encarcelamiento de aquellos que se habían mostrado hostiles a sus miras. En un instante este presidente improvisado (Duarte) ha visto desaparecer ese brillante



y numeroso cortejo que había venido a festejar su grandeza naciente y a tomar su parte de los grados y las larguezas prodigadas por este jefe feliz y reconocido". Saint Denys lleva la audacia de su empeño por desprestigiar y ridiculizar la fuerza creciente de la oposición de Duarte a sus planes proteccionistas, hasta el extremo de afirmar a su Ministro que "tiene la certidumbre y la prueba en sus manos, después del golpe de estado del 9 de junio último, de que el colocarle a la cabeza de la Junta Dominicana le hubiera hecho vivamente desear el protectorado francés cuya posición le hubiese prometido aprovecharse más que ninguna otra". La inexactitud y la ruindad de esta afirmación, la evidencian el hecho indeneable de que fué Duarte quien indicó al General Sánchez, no obstante la objeción de Puello y otros compañeros, para la presidencia de la Junta, reformada con motivo del golpe del día 9. Si Duarte hubiese deseado aprovecharse de esa presidencia, nada le impedía montarse en ella con el beneplácito de sus seguidores. Es claro que Saint Denys buscaba quitarle importancia al movimiento de oposición al protectorado disminuyendo la significación de su jefe; pero al hacerlo ponía de lado la verdad con intención de inferir daño a la estatura procera de Duarte.

Con posterioridad al 11 de agosto Saint Denys guarda silencio acerca de Duarte. Sus informes callan el desenlace trágico del drama que convirtió en mártir de la patria al inventor de la república. Un hombre que había acaudillado una revolución de independencia, que pudo contener las negociaciones de protectorado en su más propicio momento, que fué proclamado espontáneamente candidato presidencial por la región más poblada del territorio patrio, que para eliminarlo de la escena pública fué necesario encarcelarlo y desterrarlo a perpetuidad, era un hombre que valía. Comunicar estas cosas al Ministro Guizot era poner sus informes, disparados contra un objetivo prefijado, en contradicción con la realidad de los hechos. Su silencio era el escudo de su duplicidad. Saint Denys y sus asociados dominicanos se adueñaron del terreno y él podía alardear de la "confianza ciega" que el Presidente Santana, "que no tenía nada oculto" para él, le dispensaba.

Saint Denys jamás tuvo una frase benévola ni un gesto de simpatía para el fundador de nuestra nacionalidad. Los calificativos con



que le adorna son puro veneno. La ametralladora pesada de su correspondencia con Guizot no cesa de acribillarlo con la injuria y el ridículo. Porque Duarte defiende con ardimiento sus principios liberales y se opone con firmeza al protectorado, es un intrigante; porque asume con dignidad su jefatura como caudillo trinitario, es un vanidoso; porque discrepa del autoritarismo y de las ideas derrotistas de Santana, es un envidioso de sus victorias militares; porque le trata con deferencia y cortesía, le considera sumable a sus proyectos si se le ofrece una posición que satisfaga su amor propio, "móvil de sus acciones"; porque los pueblos del Cibao le proclaman candidato a la presidencia de la república, es un engañador, un ambicioso y un presidente irrisorio. Para Saint Denys, Duarte carece de carácter y de influencia, no tiene alcance de espíritu, es un joven sin mérito. Su elocuencia patriótica es intriga; su educación, servilismo; su nacionalismo, vanidad. Y este hombre a quien el Cónsul de Francia niega toda sinceridad, toda virtud, todo atributo honroso, es el creador de la República Dominicana, uno de los "próceres más puros de América", de quien dice el autor de La Viña de Naboth, que su doctrina "ha guiado siempre a su pueblo por entre sirtes y escollos hacia un porvenir mejor", y que "en la larga lista de eminentes patriotas de las Américas que han vivido y han muerto para dar vida a la Libertad del Nuevo Mundo, Juan Pablo Duarte ocupa y ocupará siempre un puesto prominente". No importa lo que Saint Denys pensara y escribiese acerca de Duarte. La verdad histórica anonada su juicio parcializado por el interés circunstancial que le movía a hacerlo. Santana, su aliado, en trance permanente de obcecación por su falta de fe en las aptitudes nacionales, incurrió en el pecado capital de la anexión. Báez, otro descreído, si no emuló a Santana, fué porque hubo quien frustrase sus exitosos acuerdos con el Presidente Grant. Las ideas y principios de Duarte, a despecho de sus adversarios vencedores del primer instante, continúan siendo, a través del tiempo, el sustento espiritual de nuestro pueblo.

